

muy bien— en una labor continua y esforzada, sin noche ni día, como la que necesita nuestra tierra para producir algo.

Muchas veces la vanidad que pueda tener para el médico acertar en sus juicios, queda neutralizada por el pesar de verlos confirmados cuando en ello le va su propio sentimiento, que es lo que le hace escéptico. Y eso me pasa a mí con Marcelo, al que creo que no he visto desde que se casó, lo que no ha impedido aplaudirle y prevenirle de los peligros que le amenazaban al pararse, como le pasó a Pinto; va que el parar, para el hombre de afanes, es empezar a morir. El fenómeno se ha producido antes y con antes. A los pocos meses de quedarse quieto, me dice la Angela la Bruneta que Marcelo iba con los alpargates en chancla por no poder entrárselos de hinchados que llevaba los pies y parándose en los hoyos de todas las puertas. No hace falta saber más. Un buen día le entierran a uno pero se viene muriendo tiempo ha y lo está de hecho desde que se incapacita, razón por la que es recomendable no doblegarse hasta morir.

Pataleé mucho la calle de la Luna, que es la suya; de día y de noche. Le ví hablar con la novia y le tuve que apartar para entrar en la casa que era la del chato Pellás, Jacinto Comino. La acera entera, hasta llegar a la casa del Zorruno, era de los Pellases, cuyo padre les hizo casa a todos allí, que era el campo y empezó a formarse la calle en la que vivieron todos, hasta Cachile, menos la Ruperta y Manuel que se fueron al Arenal.

Siento dedicarle este recuerdo a Marcelo por si le entristece más, pero lo hago con gusto por si acaso no me da tiempo luego por haber ido delante, pues es de necesidad educativa que se resalte siempre el ejemplo de todo hombre trabajador, de los que no buscaron trabajo, sino que lo crearon con el suyo propio para sí mismo y para los demás, de los que hicieron capital con su esfuerzo y su economía, como lo puede hacer cualquiera sin molestar al vecino ni menos estorbarle, de los que dominados por la obligación no oyeron más músicas que el canto de las pajarillas al amanecer y el de los grillos con el sol puesto sin haberse quitado de la besana mas que para hacer el ajo y todo ello bien contentos, como Julián Borrego, que no paraba de cantar en todo el día detrás de la yunta y siempre tuvo que desuncir y enganchar alumbrándose con el farol, hombres de una austeridad espartana, que parecían formar parte de la tierra que trabajaban, como las hitas y que jamás le hicieron remilgos al tiempo, ni por frío ni por caluroso porque para trabajar siempre hace bueno, cuando no en una cosa en otra.

Por cierto que la muerte de Julián fue bien aleccionadora al respecto de los inconvenientes de abandonarse las personas. Julián, con una salud de hierro y más fuerza que un toro, se dejó de arrullar por la Pájara y el son de los cuartejos reunidos en una vida de ininterrumpido batallar y en nada de tiempo le englobaron los alifafes de la vejez y se lo llevaron a Chaleco, con gran sorpresa de todos los que le conocieron, que les parecía imposible.

Marcelo no está en el caso de Julián, son otros los achaques, pero el resultado será el mismo porque a los cien años todos calvos.